

“El Ministerio a mi cargo ha sido flexible respecto a espectáculos y a toda clase de actividades culturales. Jamás ejercimos ningún tipo de censura ni lo haríamos”, dice el Ministro de Cultura, profesor Guido Sáenz, en una larga entrevista con UNIVERSIDAD, acerca de los más polémicos temas de la actualidad cultural costarricense.

El profesor Sáenz González responde a preguntas de Carlos Morales.

Dígame señor Ministro: ¿Ha seguido el Ministerio a su cargo una política cultural fijada previamente en los planes de gobierno del Presidente Oduber? ¿O qué política cultural se ha seguido?

—¿Me dice usted una política cultural o una política de orden general del Gobierno? Yo sigo decididamente la línea política que llevan el Gobierno y el Partido Liberación Nacional. Creo en los principios y en la aptitud del Presidente Oduber y porque estoy de acuerdo con eso es que estoy trabajando en su Gobierno, de otra manera no lo haría.

Pero, ¿ha habido una política cultural específicamente señalada en los planes de Gobierno del Presidente Oduber, o no ha habido política cultural?

—Yo creo que en este sentido, lo que hemos sido ministros de su gobierno, tanto Carmen Naranjo, como yo, no hemos recibido del Presidente puntos concretos de políticas culturales, sino que nos ha dado una libertad y una gran flexibilidad. Desde luego que hay apuntes, hay observaciones, hay sugerencias de parte de la Presidencia de la República, sobre lo que vamos a hacer, o sobre lo que estamos haciendo, pero en todos los casos el Presidente ha sido muy flexible.

¿No cree usted que un plan de gobierno debe incluir una política cultural, o sea, que antes de que el Presidente llegue a su cargo, debe haber delineado cuáles son sus planes culturales para el período de cuatro años?

—Yo creo que con el tiempo eso se hará y precisamente eso está haciendo en este momento el Partido Liberación, que ha tomado de referencia lo hecho por este Ministerio. Recordemos que este es un Ministerio con apenas siete años de fundado y que si en los primeros cuatro años se pudieron definir y detectar programas de envergadura que se afianzaron, con mayor razón se han afianzado en estos tres años de Oduber. Esa experiencia servirá como puntos muy sólidos para fijar la política cultural, pues hay resultados visibles que repercuten no sólo dentro del territorio nacional, sino que son puestos como ejemplo en otros países de América.

Allá por 1970, cuando a don José Figueres se le ocurrió crear el Ministerio de Cultura, en la Asamblea se cuestionó mucho la importancia de esta dependencia, ¿cree usted que transcurridos estos siete años ya se justifica plenamente su existencia o cree que podría desaparecer con un cambio de Gobierno?



“Brecht se representó aquí porque yo no tenía y es

—No creo que pueda desaparecer, no lo digo por ser Ministro de Cultura, sino porque estoy totalmente convencido de la trascendencia que tiene para el país. Recuerdo la frase feliz de Alberto Cañas, cuando dijo por aquellas fechas que “hay que crear un Ministerio de Cultura para que no haya gente que pregunte que para qué tener un Ministerio de Cultura. Fue una frase muy acertada, muy feliz, muy oportuna.

Tengo la absoluta convicción de que el Ministerio tiene ya un gran respaldo, tanto en la ciudadanía como entre los diputados. Por ejemplo, para darle una referencia: hace años tengo rodando un viejo proyecto para autorizar, por medio de una ley, la adquisición de un millón de dólares en instrumentos musicales y recientemente la Asamblea Legislativa la aprobó por unanimidad. El hecho en sí es muy bueno, muy bonito, pero además revela un síntoma, un estado de ánimo, una actitud de los señores diputados, que no son precisamente personas directamente vinculadas con la política cultural del Ministerio, quiero decir, que son hombres de negocios, políticos, etc. Yo antes presentaba un proyecto para financiar a la Sinfónica y algún diputado dijo que no, “que para qué Sinfónica en Costa Rica, si los costarricenses con una marimba y unas guitarras tenemos”. La actitud es ahora diferente: de 350.000 colones que tenía la Sinfónica cuando yo la recibí, pasa en 1978 a 4 y medio millones, o sea, más de 10 veces lo que tenía. Y eso lo aprueba Planificación y lo aprueba Hacienda y lo aprueba la Asamblea. Hay una convicción de que se está apoyando algo productivo, algo en lo cual la gente cree, desde la opinión pública, hasta los diputados.

Señor Ministro, estamos en agosto, más bien casi en setiembre. Le quedan a usted nueve meses de gobierno. ¿Cuáles considera en este momento que serán los logros más importantes de su gestión?

—Bueno, en lo personal debo decirle que todos mis planes están trazados para finalizar desde luego el 8 de mayo. Estoy cansado y en todo caso los nombramientos se hacen directamente desde la Presidencia y uno nunca sabe qué va a pasar. De las cosas que hemos logrado, yo citaré la consolidación de la Sinfónica, que es una de mis debilidades, de mis pasiones. Citaré también el proyecto de La Sabana, como servicio a toda la comunidad josefina y como mejoramiento de la ciudad capital, el cual quedará terminado —espero— en esos nueve meses que restan. En lo cultural creo que es muy importante la creación del Museo de Arte Costarricense. El Raventós que espero dejar terminado y creo que lo lograré; el Parque Bolívar, que igual que los anteriores está en proceso, pero que calculo dejar concluidos al finalizar la administración. Posiblemente la obra más importante sea el Parque Metropolitano de La Sabana, que tendrá como corona esa joyita final que será el Museo de Arte.

Ha hablado usted del proyecto del Raventós. El pueblo costarricense viene oyendo hablar del Raventós como un teatro popular desde hace mucho tiempo; sin embargo, pasan los días, los meses y el Raventós sigue ahí, a techo abierto, sin adelantar mayor cosa. ¿Qué se está haciendo en esa obra? ¿cómo está la financiación? ¿cuándo cree usted que se abrirán las puertas?

—El trabajo de restauración no se ha atrasado tanto como usted dice, porque si lo visita y se mete dentro del edificio, verá que hay una obra que camina, que está muy activa y aunque en estos momentos hay falta de dinero, creo que lo vamos a conseguir. Primero lo intentamos con la Municipalidad de San José y ahora lo gestionamos con la Caja del Seguro. Una de esas instituciones o ambas podrían financiar la remodelación. Yo diría que en unos seis meses más, si consigo el dinero, concluiremos los trabajos.

¿Se ha techado ya el escenario? ¿Qué se ha hecho adentro?

—El escenario no se ha techado porque, como Ud. sabe, allí va una parrilla, pero se ha hecho muchísimo. Todos los repellos antiguos, de una o dos pulgadas de grueso, fueron arrancados, lo que es un trabajo verdaderamente laborioso y se ha remodelado una gran cantidad de secciones que eran cuchitriles, tugurios, por decirlo así. Hoy día tenemos todo un rediseño de esos servicios al público, donde irán servicios sanitarios, un pequeño foyer, lugares para estar y para fumar, algunas oficinas, etc. y, desde luego, trabajamos en lo que quizá no sea muy fácil, pero estoy en eso y tengo un competente abogado trabajando, que es el desalojo de los 14 inquilinos quienes poseen comercios en la planta baja. Allí irán galerías para exposiciones, imagínese usted una sala

enfrenten al ciudadano con las más grandes creaciones del arte. Vamos a revivir un poco esa área medio tenebrosa.

Entonces, según sus cálculos, el 8 de mayo de 1978, si llueve, la ceremonia de traspaso de poderes podría ser bajo techo en el Raventós?

—Sí, yo creo que sí.

Hay alguna gente del mundillo cultural del país que especula, que supone, que su Ministerio ha ejercido una política de censura hacia ciertos espectáculos que de algún modo están en contra de los intereses del Gobierno o del partido en el poder. ¿Hay algo de cierto en eso?

—Yo no lo creo. Si alguna gestión ha seguido los pasos que marcaron Alberto Cañas y Carmen Naranjo, es esta. Se ha sido muy flexible, muy abierto, yo no puedo decir que hayamos tomado una actitud así; puedo decir que creo mucho en la libertad, en la absoluta libertad para todas las actividades político—culturales que pasen por este ministerio. Precisamente pienso que a través de esa apertura, conseguimos eludir lo que alguna vez llamé “guerrilleros intelectuales”; aunque siempre los hay, porque es inevitable abolirlos, puesto que siempre hay gente que habla simplemente por hablar, quizás por una necesidad patológica, pero creo que aquí se da libertad plena de expresarse, de publicar, de usar salas oficiales, para conferencias de todo tipo, salvo las excepciones que marca el reglamento del Teatro Nacional, un reglamento antiquísimo, que impide usar esa sala para ceremonias de orden político o religioso. Pienso que todos los ministros de esta Cartera hemos sido muy amplios.

Bueno, esa es su explicación teórica respecto a la supuesta censura. Vayamos a casos prácticos: ¿Cómo explica usted el receso actual de la Compañía Nacional de Teatro, que lleva tres o cuatro meses sin programar ninguna actividad?

—Usted sabe muy bien que la Compañía ha sufrido un cambio de local. En este momento se le está construyendo una sala como no había tenido antes, saldrá de esa carpa de circo incómoda e inhóspita —aunque muy eficaz en sus resultados—

Guido Sáenz: Jamás restringí actos culturales

para ocupar un local acondicionado que va a dar excelentes resultados. Si ha estado en receso es únicamente por la construcción de la sala y no hay ninguna otra razón para justificarlo. Estamos en un proceso de acomodo, porque después de la enfermedad de Alfredo Catania que era el director, hubo un poco, tal vez sí, de tensión. El renunciar por razones de salud y ahora asumió la dirección Hebe Grandoso, en cuyas ideas y capacidad de trabajo tengo una gran fe.

Señor Ministro, supongamos que por carecer de sala, la Compañía no podía tener obra en cartelera, pero ¿entonces qué pasó con la extensión hacia las zonas rurales?

—Se han venido un poco a menos, ciertamente. Usted tiene razón en eso y es que siempre hemos encontrado enormes dificultades con las plantas físicas en las zonas rurales, pero no por eso yo quiero que se deje de hacer todo lo posible para continuarlas. En esa dirección estamos previendo la adquisición de un vehículo que facilite esas jiras, u otro sistema. Usted sabe que esas salas son inadecuadas, son salones de colegio mal ventilados a donde el público tampoco acude porque no cree que allí pueda darse nada valioso, suponen siempre la tradicional velada. Tampoco se adapta el espectáculo teatral a los salones comunales o a las iglesias, como sí se adaptaría un concierto.

En general la compañía ha estado un poco baja en actividad —y usted tiene razón en eso— pero no es sólo por razones políticas, sino por razones de local y de

directores.

Perdóname que insista: ¿cree usted que por el hecho de que las salas de zonas rurales no sean adecuadas, se justifica la suspensión de las jiras culturales a tales regiones?

—Bueno, probablemente la suspensión se deba también al hecho de que la misma gente de la compañía se vio un tanto desanimada por la eliminación del local en el museo y al verse violentamente en el aire, puesto que yo mismo resolví devolver ese local al Museo, se sintieron desanimados y se produjo este período de poca acción.

¿Qué pasó, por otra parte, con la preparación de promotores teatrales para las zonas rurales?

—Se está trabajando. Tenemos seis promotores que cumplen su función y además se ha creado el Taller Nacional de Teatro, el cual, a cargo del gran maestro que es Oscar Fessler, producirá promotores y en general gente de teatro. Creo que este ha sido un gran paso y tengo gran fe en las posibilidades de Fessler, que es un director eminente. Allí se están entrenando unos 30 muchachos, seleccionados a partir de 300 matriculados y de allí saldrá gente lista para ocuparse de todo lo que es la vida del teatro.

Hace unos tres o cuatro meses su ministerio despidió a cuatro promotores de la Compañía. ¿Hubo alguna motivación política para ese despido masivo?

—Ninguna, absolutamente ninguna. Simplemente ellos no daban buen rendimiento.

Por otra parte, hace mucho tiempo se anunció que la nueva sala de la Compañía llevaría el nombre de Lope de Vega y que se abriría con una pieza de ese dramaturgo. ¿Por qué se eliminó el nombre de Lope y por qué se suspendió el montaje de su obra?

—Carlos, yo creo que en eso usted no ha tenido buena información, porque el nombre de Lope no se ha eliminado. En cuanto a la obra, se llegó al convencimiento de que era poco interesante y aunque era graciosa y todo lo que usted quiera, se estimó débil para inaugurar la sala.

¿No será más bien débil el criterio de los funcionarios del Ministerio que primero escogen una pieza, anuncian su estreno y finalmente deciden alegar que la obra es débil?

—Yo creo que en esto, como en todo, como en el proyecto de la Plaza de la Cultura, que usted sabe se modificó radicalmente, hay razones muy subjetivas. Usted toma una obra, sabe que es de Lope de Vega; la lee, le hace gracia y luego viene el director —que en este caso era Lenin Garrido— la empieza a montar y se va dando cuenta, al desarrollar el montaje, de las dificultades que tienen los actores para decir el verso bien, de los problemas de dicción, de entonación y que toda esta armazón no va a salir correctamente. Entonces, yo decidí cancelar el proyecto.

Esto claro, luego de escuchar las dificultades que me expusieron el director y los actores que estaban en el reparto, que eran casi todos los de la Compañía. Era mejor cancelar, antes de hacer algo que iba a resultar débil.

Fijese que en el caso de la Plaza de la Cultura yo mismo aprobé el proyecto para construir allí un edificio y al empezar a demolerse los edificios antiguos, comencé a descubrir la otra cara del Teatro Nacional y decidí que había que cambiar eso, que había que dejar la plaza totalmente desnuda y dejar al teatro mostrarse abiertamente a la ciudadanía y a los turistas. Es una forma de abrirle un poco la entraña a la ciudad, de abrirle el corazón para que la gente respire mejor, para que haya más oxígeno, más sol, más vida por consiguiente. Yo cambié totalmente de criterio y convencí al Presidente del Banco Central y al Presidente de la República sin mayor dificultad, porque ellos también se pararon en una esquina y vieron la plaza abierta. Así mismo pasó con la obra de Lope.

¿Quiere decir eso que los proyectos para construir allí un museo de oro y otros edificios desaparecen totalmente?

—No, todo lo que es el Museo de Oro estará bajo tierra, lo mismo que talleres y salas de ensayos para dar servicio al Teatro, irán subterráneos.

Retomando los temas teatrales, hace cuatro o cinco meses la Compañía estaba preparando —y llevaban ya varias lecturas— la obra rumana “La carta perdida”, pieza que denuncia la corrupción y el fraude electoral. Esa pieza fue eliminada por una orden directa suya, ¿cuáles fueron los motivos para eliminarla?

—Mire Carlos, esa era una de las obras entre muchas que se barajaron. Es una muy buena comedia, que se barajó como candidata al próximo montaje, igual que “El rinoceronte”, de Ionesco y una pieza de Dürrematt, pero era nada más candidata.

Entonces la eliminación de “La carta perdida” no obedeció a razones de orden ideológico?

—No.

¿Ni de tipo político por estar cerca las elecciones?

—No.

Regresando a la situación de la Compañía Nacional de Teatro, tengo otra pregunta: resulta que la compañía, con su local en el Museo, acaparó un público muy popular, digamos un público “descamisado”, que pagaba cinco colones por ir al teatro y llenaba todos los días la sala. Las dos últimas piezas fueron “Lisa” de Boal y “Arturo Ui” de Brecht, dos obras políticamente muy comprometidas y defensoras de una posición ideológica definida. La exhibición de tales trabajos coincide con la entrada en decadencia del grupo, ¿cómo explica Ud. esa circunstancia?

—Qué raro que se mezclen estas ideas. Yo debo decir, como he dicho siempre, ¿a quién le debe el país, a quién le debe la gente de teatro, a quién le deben los amantes del teatro, a quién le deben los espectadores comunes la posibilidad de ver a Bertold Brecht en el escenario costarricense? ¿Si no fue exclusivamente por mi responsabilidad? De mi mano estubo, y únicamente de mi mano, que se pudiera dar Brecht. ¿Quién contrató a Atahualpa del Cioppo si no fui yo?, y lo hice conociendo muy bien toda su trayectoria y su posición ideológica. A él le abrí las puertas de este país, le abrí las puertas del Ministerio y le ayudé en una enorme cantidad de oportunidades, de manera que es injusto decir —y sé que se ha dicho— que yo estoy castrando a la Compañía Nacional de Teatro, lo cual es infame; cuando justamente Bertold Brecht, repito, que es un autor marxista, lo vio el país por iniciativa mía. Y lo vio porque es una obra maestra, que es lo que nos interesa y nos debe interesar a todos, antes de pensar en lo político. El Ministerio está en ese sentido muy claro y esa será siempre mi actitud: que lo que tenga auténtico valor universal, sea lo que sea, lo vean y lo lean los costarricenses. Creo que hemos vivido siempre dentro de ese tono en todos los aspectos y aquí no hay libros que se prohíben ni grandes obras que se censuren. Lo contrario sería acusar a este gobierno o al Ministro de Cultura, de gorilismo. ¡Nada me divertiría más! Ya una vez me divertieron mucho los muchachos redactores del periódico Libertad tratándome de gorila y es una de las cosas que me han divertido más en esta temporada, pues el país sabe bien que no soy un gorila y el que se desprecia es el periódico, que dice eso de una persona que tiene una carrera, primero, tan política y segundo, dedicada fundamentalmente a la cultura y al arte. De modo que esas son acusaciones infames.

En cuanto a “Lisa”, usted conoce mi criterio. A “Lisa” no la adverso políticamente por los mecanismos que pueda tener, y prueba de ello es que autorice la temporada en el Museo hasta su última fecha; sino que la adverso porque considero que la adaptación que se hizo del original de Aristófanes, es un bodrio, un mamarracho. No obstante eso, se le mantuvo la sala del museo hasta el día de la última función, aunque yo al verla me indigné porque la considero un mamarracho de mal gusto, una vulgaridad extrema, innecesariamente procaz y me dio vergüenza que el Ministerio auspiciara eso. Acusarme de haberle negado el teatro —como se dijo por ahí— vuelve a decir, no es injusto, es infame.

¿En qué etapa se encuentra la construcción de la nueva sala?

—Yo creo que en tres semanas más la tendremos terminada.

¿Es cierto que será alfombrada, con local a la italiana, aire acondicionado y que por su apariencia puede perder todo el público “descamisado” que iba al Museo?

—No, no va a ser nada de eso que usted dice. Tendrá el confort mínimo que pueda tener una sala



“Si consigo el dinero, el Raventós estará concluido en seis meses”.

montada sin lujo, pero con condiciones higiénicas y otros servicios para el público que no tenía el Museo. No tenemos por qué poner a la gente en barricadas o en tugurios para que vea teatro, eso es demagogia barata. En cuanto al diseño a la italiana, eso es relativo, pues si bien por ser un terreno angosto se presta más al tipo de teatro tradicional, se le han hecho unos injertos al escenario que acercan más al público y actores.

El hecho de que el teatro improvisado en el Museo, con sus barricadas, sus tuberías haciendo de galería, fuera totalmente informal y casi gratuito (5 colones), atrajo a un público que nunca antes se había alcanzado en la historia del teatro costarricense, ¿no cree que la nueva sala, con sus comodidades puede ahuyentar a ese público que tanto tiempo se invirtió en conseguir?

—Poca gente puede estar tan cerca del fenómeno teatral como yo, recuerde que he sido hombre de teatro siempre y que incluso hice ocho años en las tablas, de manera que puedo hablar con propiedad del fenómeno teatral costarricense de los últimos veinte años. Creo que ese público del Museo no se va a perder, al contrario, va sentirse más abrigado dentro de unas instalaciones nuevas que no serán lujosas como para acomplejar a una persona muy humilde. Ese lujo pretencioso no corresponde a este ministerio ni a mi manera de ver las cosas. Será una sola modesta, de sillas, no de butacas y con un mínimo de comodidad. Tampoco se van a elevar los precios, de los 7 colones que se cobraron en la última temporada, de modo que yo no veo por qué se iba a perder ese público y, si se perdiera, le puedo garantizar que haré lo que haya que hacer para que ese público de descamisados, de gente de barrio bajo, venga a ver el espectáculo teatral. Me importa mucho esa gente que se mejorará viendo teatro y yo estoy aquí precisamente porque quiero a esa gente a toda la gente, pues no me interesa ni la posición ni el nombramiento político del futuro.

Usted ha dicho que la sala estará concluida en tres semanas, ¿eso quiere decir que la Compañía ya tiene previsto su repertorio y preparada la obra de estreno?

—Como la pieza de Lope se bajó de escena en proceso de ensayo, estamos preparando un homenaje al público costarricense y al mismo tiempo a una de las más grandes actrices que ha tenido la historia del teatro, como es Ana Poltronieri. Haremos un espectáculo entre musical y divertido, que será de gran atractivo y a la vez una manera muy digna de inaugurar la sala. Tal vez no tan espectacular como una obra compleja de mucho reparto y gran colorido, pero sí correspondiente a los méritos de esa columna de la actividad teatral en los últimos 25 años, que es Ana Poltronieri.

Me parece muy encomiable que se le rinda tributo a Ana Poltronieri, pero perdone usted la indiscreción, ¿no será esa la manera de obviar la inexistencia de repertorio y de obra lista para inaugurar la sala?

—Bueno, en parte sí.

Guido Sáenz:

JAMAS RESTRINGIMOS ACTOS CULTURALES

Viene de Pág. 11

¿Y por qué no tienen una obra lista?

—Porque se bajó el Lope de Vega.

¿Y la Compañía de Teatro entonces que está haciendo? ¿No significa eso una crisis interna?

—En este momento se leen algunas piezas posibles, como "Las Brujas de Salen", que dirigirá Daniel Gallegos, y que será uno de los grandes montajes. Por cierto obra de doble filo, si usted lo quiere.

¿Y cuándo estará la Compañía lista para volver con su público?

—Desde setiembre en adelante Carlos. A mediados de setiembre será la primera actividad y para el año entrante planeamos un festival de autores costarricenses, de manera que en lo que falta del año habrá siempre en cartelera algún espectáculo que ofrecer a ese público.

Como Ud. sabe muy bien, el semanario UNIVERSIDAD se ocupa con especial énfasis de los asuntos culturales, de allí que no quisimos mezclar en esta entrevista temas deportivos o de juventud, que también tienen que ver con su despacho. Le hago la aclaración para seguir sobre el tema: ¿Por qué a estas alturas, agosto de 1977, no se han entregado todavía los premios de teatro correspondientes a 1976?

—Voy a serie absolutamente sincero: nuestro común amigo Alberto Cañas, Premio Magón, me pidió que aplazara por unos días la entrega de los Premios Nacionales por razones de índole personal. Y como siempre se habían hecho juntas las dos ceremonias, decidí no hacerlo así, sino dedicarle una ceremonia aparte. Posteriormente se me ocurrió que por qué no dar una estatuilla en vez de la tradicional plaquita. Un persona de la *commedia dell'arte*, un arlequín o bufón y las encargué, pero el trabajo se ha atrasado considerablemente y esa es la razón. En los próximos días los entregaremos, porque ya tenemos las figuras aquí.

Y hablando de premios, qué pasó con las reformas que se estaban estudiando para mejorar la Ley de Premios Nacionales, en aspectos relativos a las recompensas, a la periodicidad y otras cosas?

—Esas reformas se están estudiando, porque había algunos puntos que yo mismo no tenía claros y

espero que para la entrega de los premios 1977, ya estén en vigor.

Algunas personas que escuchan regularmente la Sinfónica Nacional me han indicado que la orquesta ha desmejorado en su calidad y que aparentemente existen problemas internos que motivan ese descenso. ¿Es eso cierto?

—No, no hay ningún problema interno y más bien ha mejorado su calidad. En el último concierto el público se pudo dar cuenta de cómo se aumentó de cuatro a siete el número de cellos, cosa que nunca antes se había visto en la historia de la Sinfónica. En violines también se aumentó el número y lo mismo en vientos. En términos generales la Sinfónica mejora su calidad y su número de ejecutantes, sin que estos sean mediocres o de calidad discutible, sino excelentes.

El Departamento de Cine de su ministerio venía realizando una serie de películas cuestionadoras de la realidad nacional, como "Banana Republic", "Las cuarentas" y otras, pero últimamente parece que se ha cambiado la línea. ¿Se pretende que ese departamento funcione como un órgano de difusión oficial con películas como "La plaza de la cultura" o también se permitirá que hagan películas que cuestionen la realidad costarricense?

—Creo que siempre es bueno hacer un poco de mezcla en esto. Me parece muy importante que el departamento haga películas que denuncien problemas de nuestra sociedad, pero así mismo creo que también debe abocarse a la conservación en filmes de personajes de la vida cultural del país. Estoy completamente seguro que usted estará de acuerdo en esto. Vea el caso de Quico Quirós, acaba de morir y afortunadamente al país le queda un documental con la presencia viva de ese artista, con su voz y su imagen, para difundirla a través de las generaciones. Pretendo que se hagan películas del maestro Amighetti; sobre personajes de la literatura costarricense, como Marín Cañas, como León Pacheco, sobre educadores, científicos importantes que queden registrados en el cine para beneficio de las generaciones futuras. Hoy por ejemplo no tenemos una película de Clorito Picado. Yo creo que está bien hacer denuncias, pero también es deber del Ministerio hacer películas de esta otra clase. En cuanto a su mención de "Banana Republic", fue una película que nunca se dio al público porque no estaba bien

dio al público.

Tengo entendido que existe un proyecto de ley para otorgarle autonomía al Departamento de Cine. ¿En qué trámite se encuentra?

—Esta con prioridad, entre los proyectos que el Ejecutivo enviará a la Asamblea este mes, junto con la creación del Museo de Arte Costarricense.

Ahora que usted menciona la creación de ese Museo, me parece que usted dijo en algún periódico que con ese plan desaparecerá la Dirección de Artes y Letras. ¿Cree que sea conveniente que esa dependencia que ha hecho tanto por acercar el público al arte costarricense desaparezca? ¿Cree usted que el Museo pueda llevar a cabo todos los programas de desarrollo artístico a nivel popular que desempeñaba esa oficina?

—Claro, con mucho mayor razón. La dirección del Museo absorberá no sólo el presupuesto de Artes y Letras, sino también sus funciones y su personal. No cambiará nada. Lo que queremos es darle contenido económico al Museo por un lado y que sus funciones no se circunscriban al estímulo de las artes plásticas, lo cual hará el museo con mayor propiedad, pero también que abarque otras actividades como el certamen de paisaje rural y nuevas posibilidades de proyección en ese y otros campos que se relacionan. La última pregunta y ya para cerrar esta entrevista, ¿qué va a pasar con el proyecto de Manuel de la Cruz González para construir un monumento en lo que será la Plaza de la Cultura? ¿Con los cambios que se han hecho en la concepción de la Plaza, se ha desechado ese monumento?

—No necesariamente. En eso todavía no hay criterio, puesto que hay que acomodar y reacomodar todo lo que el proyecto tenía. Ahora no contará con el edificio que iba a tener. Habrá que ver qué es lo que los arquitectos paisajistas recomiendan, porque puede ser, una plaza totalmente plana, con baldosas de piedra, como puede ser una área de jardines donde haya fuentes, esculturas, etc y esté allí ¿por qué no? ese monumento. No diría que se suprime de un plumazo, lo que sí se suprimió fue el proyecto de construir el edificio, pero piense cuanto alterará esto todo el espíritu del asunto y el cambio que sufrirá la ciudad para beneficio de sus habitantes, cuando tengamos completamente descubierto nuestro Teatro Nacional para deleite de estas y las nuevas generaciones.

FIN.